

Jue
10
Oct
2019

Evangelio del día

[Vigésimo séptima semana del Tiempo Ordinario - Año Impar](#)

“Pedid y se os dará, buscad y hallaréis”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Malaquías 3, 13 – 4,2ª

"Vuestros discursos son arrogantes contra mí -oráculo del Señor-.

Vosotros objetáis:

"¿Cómo es que hablamos arrogantemente?"

Porque decís:

"No vale la pena servir al Señor; ¿qué sacamos con guardar sus mandamientos?; ¿para qué andamos enlutados en presencia del Señor de los ejércitos? Al contrario: nos parecen dichosos los malvados; a los impíos les va bien; tientan a Dios, y quedan impunes."

Entonces los hombres religiosos hablaron entre sí:

"El Señor atendió y los escuchó."

Ante él se escribía un libro de memorias a favor de los hombres religiosos que honran su nombre.

Me pertenecen -dice el Señor de los ejércitos- como bien propio, el día que yo preparo.

Me compadeceré de ellos, como un padre se compadece del hijo que lo sirve. Entonces veréis la diferencia entre justos e impíos, entre los que sirven a Dios y los que no lo sirven. Porque mirad que llega el día, ardiente como un horno: malvados y perversos serán la paja, y los quemaré el día que ha de venir -dice el Señor de los ejércitos-, y no quedará de ellos ni rama ni raíz. Pero a los que honran mi nombre los iluminará un sol de justicia que lleva la salud en las alas."

Salmo de hoy

Salmo 1 R/. Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor

Dichoso el hombre

que no sigue el consejo de los impíos,
ni entra por la senda de los pecadores,
ni se sienta en la reunión de los cínicos,
sino que su gozo es la ley del Señor,
y medita su ley día y noche. R/.

Será como un árbol

plantado al borde de la acequia:
da fruto en su sazón,
y no se marchitan sus hojas;
y cuanto emprende tiene buen fin. R/.

No así los impíos, no así:

serán paja que arrebatara el viento.
Porque el Señor protege el camino de los justos,
pero el camino de los impíos acaba mal. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 11,5-13

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

Si alguno de vosotros tiene un amigo y viene a medianoche para decirle: «Amigo, préstame tres panes, pues uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle».

Y, desde dentro, el otro le responde: «No me molestes; la puerta está cerrada; mis niños y yo estamos acostados: no puedo levantarme para dártelos».

Si el otro insiste llamando, yo os digo que si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por la importunidad se levantará y le dará cuanto necesite.

Pues así os digo a vosotros: pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide, recibe, quien busca, halla, y al que llama, se le abre.

¿Qué padre entre vosotros, cuando el hijo le pide pan, le dará una piedra?

¿O si le pide un pez, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?

Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?

Reflexión del Evangelio de hoy

A los que honran mi nombre les iluminará un sol de justicia

En el libro del profeta Malaquías refleja a un pueblo desconcertado. No le encuentran sentido a “creer en Dios”, ni a guardar sus mandamientos. Se comparan con los incrédulos porque los ven dichosos a pesar de que tientan a Dios y quedan impunes. Parece que les va mejor a los que hacen el mal que a los que hacen el bien.

El relato continúa diciendo que los hombres religiosos dialogaron entre sí. **“El Señor atendió y los escuchó”**.

Parecen momentos de desierto, porque la aridez de la existencia pone en tela de juicio la fortaleza de nuestra fe, y las dudas nos abruman. Todo cuanto nos sucede es pasado por el tamiz de la incredulidad. Y eso, nos conduce a la desesperación frente a Dios.

Le exigimos a Dios que nos resuelva la vida, le interrogamos por cuanto nos acontece con tinte de sufrimiento, y le culpabilizamos porque no vimos su protección, ni sentimos su presencia en los acontecimientos de nuestra vida.

Pero como resuelve el profeta Malaquías, Dios nos hace ver que escribe un relato de fe y compasión con nuestras vidas. No escribe un momento, sino un relato, es decir: toda una vida. El camino de la fe no hay que verlo con un solo acontecimiento, sino incorporando la vida entera y comprendiéndola con los ojos misericordiosos de Dios. Si Dios atiende y escucha no lo hace como los médicos que tienen el tiempo limitado por el sistema de salud, y luego te dan química para que te cures. La escucha de Dios es infinita, a veces imperceptible, pero es sobre todo atenta. Y es entonces, cuando somos capaces de dialogar entre unos y otros reconociendo su presencia, que el relato Dios lo pronuncia con nuestra vida, y la proclama dichosa por siempre.

¿Tiene sentido creer en Dios? ¿Tiene sentido guardar sus preceptos? Con Jesucristo aprendimos el lenguaje del Amor, de la misericordia y la compasión que nos viene con su presencia cuando instauró el Reino de Dios entre nosotros. Así lo anuncia Malaquías en este texto cuando dice de parte de Dios **“Me compadeceré de ellos como un padre se compadece del hijo que le sirve”**. Jesucristo es el relato de misericordia y compasión de Dios que nos trae la dicha de parte de Dios. Es un Dios que desborda en una esperanza cumplida en la obediencia de un Hijo.

Sí, tiene sentido creer en Dios, si somos capaces de vivir cada acontecimiento con la resiliencia necesaria para superar cada tramo del camino que suponga un protagonismo de superación de las dificultades y del sufrimiento.

Sí, tiene sentido si no nos evadimos en la incredulidad culpabilizadora porque Dios no nos ha resuelto la vida.

Sí, tiene sentido si somos capaces de sentarnos en un diálogo personal, y compartido con los hombres religiosos reconociendo la presencia de Dios.

Tiene sentido si leemos en clave divina todo cuanto nos sucede, porque Dios ha proclamado un relato de salvación con nuestras vidas.

La insistencia de un amigo

Lucas nos hace caer en la cuenta de cómo y cuándo las puertas de nuestra fe están abiertas para Dios. También de la bondad o la maldad de nuestras acciones.

A veces, y así lo demostramos con la gente, nos mostramos con una actitud sospechosamente egoísta cuando alguien llama a nuestra puerta y nos presenta su necesidad.

Pretendemos no dejarnos embaucar, ponemos una armadura a nuestros sentimientos, y mostramos una actitud semejante a la de Caín que no se responsabiliza de su hermano Abel.

¿Cuándo abrimos nuestras puertas a la fe? ¿Cuándo somos nosotros los necesitados? ¿Por la impaciencia que nos provoca la insistencia de un hermano?

La enseñanza de Jesús a sus discípulos de ayer y hoy es: ¿qué vas a dar una piedra o un pan?

Es una pregunta que ha de resonar en nuestro vivir diario. En la medida que camino siguiendo a Jesucristo, ¿Cómo es mi respuesta a la llamada de Dios y a la llamada de un hermano?

En comparación la bondad de Dios desborda siempre cualquier respuesta humana. Dios desborda en el amor, en la delicadeza, en la escucha en la generosidad. Por eso, otorgará el Espíritu Santo a los que se lo piden. Y esta última consideración es importante. No veremos, ni contemplaremos la presencia de Dios actuando en nuestra vida, si no abrimos las puertas de nuestro interior, si no se lo pedimos.



